

Ahora tenemos que aplicar el estructuralismo y la fenomenología de la palabra a las fórmulas dogmáticas católicas para llegar a darles un sentido válido lingüístico, cosa que apenas ha comenzado, salvo en los trabajos de W. Kasper y del propio Marlé, seguido por el holandés Schoonenberg, S. J.

Sin duda, este libro de Marlé, insuficiente y elemental, si es leído dentro de lo que pretende, será de utilidad para adquirir, al menos, una idea de este importante trabajo (casi el único importante) que están haciendo las teologías protestante y católica actualmente. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

La ideología de la Naturaleza

La «Ecología» y la «Etología», términos que hasta hace poco no salían ni en los crucigramas, están de moda. El fenómeno se refleja no ya únicamente en la industria editorial (decenas de libros publicados en pocos meses), sino incluso en el cine. Baste pensar en «A clockwork orange», de Kubrick, sobre el tema general del condicionamiento operante, y en «Perros de paja», de Peckinpah (estrenada en nuestras pantallas), acerca del instinto de territorialidad.

Entendámonos, la Ecología y la Etología, como disciplinas científicas, siguen confinadas en cátedras y laboratorios. Haeckel y Geoffroy Saint-Hilaire son aún nombres para un crucigrama imposible. Lo que está de moda es la mercancía ideológica, el contenido ideológico de ambas ciencias. Hace unos días, Ibáñez Escofet, en su sección diaria de «Tele/Expres», se preguntaba sobre el tema que reemplazaría a Vietnam en los «campus» de Berkeley tras la firma de los acuerdos de París. Conociendo el número de «ecoorganizaciones» (con su «ecofáctica» y «ecoestrategia»)

que existen en los Estados Unidos, auguro que dicho tema será el de la «Ecología», y no precisamente con la política en el puesto de mando, sino como predicación de una nueva ideología y moral ecológica que contribuye a la ocultación de las causas inmediatas de muchos problemas; entre ellos, el propio de la destrucción del medio ambiente.

En España no vamos a la zaga en dicha cruzada ecológica. El asociacionismo «ecológico» es aún limitado (ADENA), pero la ideología de la Naturaleza empieza a estar omnipresente, incluso en libros para niños. «SOS por el planeta Tierra» (1), presentado por Su Alteza Real don Juan Carlos, es buen ejemplo de ello. El libro se presenta como un «mensaje ecológico a los niños de todo el mundo», a quienes se exhorta a la guerra... ecológica. Las armas para dicha contienda vienen al final del libro bajo forma de tarjetitas («protesta ecológica»), que los niños deben rellenar y enviar a las más altas instancias de la Administración y del Estado, denunciando cual-

(1) Ediciones Nauta. Barcelona, 1972.

quier atentado que hayan advertido contra la Naturaleza.

Dos libros más retienen mi atención en relación con la cuestión del medio ambiente. El primero de ellos, «Una sola Tierra» (2), publicado por el Fondo de Cultura Económica, es el informe no oficial encargado por el Secretariado General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, que, como se recordará, se celebró en Estocolmo el verano pasado. Dicho informe, financiado por la Universidad de Columbia, el Banco Mundial y la Fundación Ford, es el resultado del trabajo interdisciplinario de 152 científicos y expertos, procedentes de cincuenta y ocho países, acerca del estado actual del equilibrio ecológico en nuestro planeta. El libro no se reduce a una mera narración de hechos, sino que constituye un verdadero manifiesto ideológico y político para lograr un «despertar emocional» para que el «Hombre, con H mayúscula... cultive la individualidad... desarrollando el estado mental global que generará una lealtad racional hacia el

(2) Bárbara Ward y René Dubos: «Una sola Tierra». 278 páginas. México, 1972.

planeta en conjunto». La Ecología debería jugar un papel central en la política de coexistencia pacífica entre las naciones y pueblos del mundo. Tal es el mensaje del libro. Baste pensar en los resultados de la Conferencia de Estocolmo (una declaración general y un acuerdo sobre la pesca de la ballena) para ver los límites de dicha filosofía en un mundo en el que globalmente es aún mayor el riesgo de morir de hambre o bajo las bombas, la metralla y el «napalm» que perecer bajo los efectos de la contaminación.

Sin embargo, y particularmente para los países de capitalismo avanzado, la polución de las aguas continentales y marinas, la contaminación atmosférica, la destrucción del medio ambiente, son problemas reales, insoslayables. El libro de Philippe Saint-Marc, «La socialización de la Naturaleza» (3), es un testimonio crítico de una sociedad que se interroga sobre estos problemas y sobre las bases de su propio desarrollo. Se trata de un libro fruto de un paro forzoso. Su autor, alto ex funcionario francés, fue nombrado en 1966 presidente

(3) Guadiana de Publicaciones. Madrid, 1972.

de la Comisión Internacional para la Ordenación del Territorio de la Costa Aquitana. Philippe Saint-Marc quería evitar que dicha costa se convirtiera en un muro de propiedades privadas. Fracasó en el intento, y perdió el empleo en 1970. Perdió, además, la fe en el sistema, al que contraponía el proyecto reformador de una «socialización de la Naturaleza» mediante una nueva política de expansión industrial, de ordenación del territorio y de las relaciones internacionales.

Excelente la presentación del libro, debida a Juan Ignacio Sáenz-Diez. ■ JOAN SENENT-JOSA.

CINE

Las buenas intenciones de Glauber Rocha

En 1961 pasaba Glauber Rocha a la dirección cinematográfica. Había abandonado para ello sus estudios de Derecho y había dado por terminada su labor exclusivamente teórica. El cine, para Rocha, ofrecía caminos nuevos que debían renovar totalmente los conceptos utilizados hasta la fecha. Bajo el grito «Nuestra originalidad es nuestra hambre», Rocha propugnaba un cine abiertamente revolucionario que inventara unos lazos de unión estrechos y recíprocos con la revolución auténtica de su pueblo.

En su libro «Revisión crítica del cine brasileño» (Editorial Fundamentos, 1971), el autor de «Dios y el diablo en la tierra del Sol» exponía ya sus planteamientos estéticos, que surgían lógicos de un pre-

vio compromiso político. La fulgurante (y ahora interrumpida) carrera de Rocha demostraba que su postura conectaba ampliamente no sólo con los cineastas de su país, sino con las preocupaciones de sus colegas de todo el mundo. Aun cuando el cine de Rocha (y su éxito) merezca un análisis más pausado —en el que se precise más detalladamente la fascinación ejercida por el folclore rochiano y por la general ignorancia de su país y de los temas en su cine tratados, que hizo, por ejemplo, que muchos cinefilos españoles rechazaran «Cabezas cortadas» porque intentaba conectar, en cierto modo, con la cultura española, y aceptar el resto del cine de Rocha en aras de un supuesto «brasileñismo», es indudable la influencia directa o indirecta que su estética acarrearía a muchas otras cinematografías.

Se estrena ahora en Madrid «Barravento», su primera película (1961), en la que ya Rocha bocetaba lo que más tarde sería su madurado sentido del cine. Pero ese boceto se dibuja más en lo que serían las deficiencias del cine rochiano que en sus posibilidades. De un lado, Rocha desconoce el oficio del cine, que en esta película, concretamente, se refleja con más claridad debido al mínimo presupuesto económico con el que la película se realiza. Decir que Rocha (en «Barravento») no «sabe» hacer cine, puede sonar a oídos de muchos como herejía. Y, sin embargo, nada más evidente. Esta opinión se refiere a lo que se considera con elemento fundamental e insustituible en una película: la planificación que determine una claridad narrativa justa en la película. En el caso de «Barravento», la realización tiene todas las típicas deficiencias de una primera película, la tosquedad y el esquematismo que Rocha acrecienta con una historia ingenua, bienintencionada, pero insuficiente.



LAS CAMPANAS DE HEMINGWAY

Probablemente, la novela más popular en todo el mundo acerca de la guerra civil española es «Por quién doblan las campanas», de Hemingway. Se puede dudar de la justicia de esta po-

pularidad si la observación se refiere estrictamente al hecho de esta guerra, pero no si se considera solamente como novela. La intensidad de la narración, la vitalidad de los personajes y su suspensión entre la guerra y los sentimientos humanos la dotan de gran valor. Tiene también fragmentos de reportaje de excelente fidelidad. Lo que parece claro es que la trascendencia buscada en el libro, que es la de la totalidad de la guerra española y la de la condición humana y el destino del hombre, como se dice en su nota editorial, no están alcanzadas. Escasamente conocida en España hasta ahora, la edición popular que acaba de aparecer (1) era muy necesaria. ■ A.

(1) Ernest Hemingway: «Por quién doblan las campanas». Biblioteca Universal Planeta. Barcelona, 1972. Traducción de Lola de Aguado.